

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA⁽¹⁾.

Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.

Estableceré el trono de tu reino en Israel para siempre.

Lib. III. Reg. c. IX, v. 5.

EXCMO. É ILMOS. SEÑORES:

Dios queria ser adorado en Israel en un lugar digno de su majestad y grandeza, y á este efecto dispuso fuese edificado un templo suntuoso, en el que los hijos de su amado pueblo le dirigiesen sus oraciones, y desde donde se proponia favorecerlos con toda suerte de bondades y misericordias. David no fué el elegido para llevar á cabo tamaña empresa; habia manchado sus manos en sangre, y no debia por lo tanto tomar parte en la edificacion del lugar de la santidad. El sabio rey su hijo Salomon, fué el destinado por el Excelso para encargarse de la fabricacion del templo. Habian sido aceptadas por Dios sus ora-

(1) Predicado en la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, el domingo 25 de julio de 1852.

ciones y sus continuos ruegos, y concedióle un reinado pacífico colmándole al mismo tiempo de riquezas, para que pudiera tener la dicha que no tuvo su padre David, de edificar y ofrecer el templo al Dios de las magestades. Le edificó en efecto, empleando en su fábrica los metales mas puros y estimables, las maderas mas olorosas, las piedras mas preciosas y los artífices de mayor ingenio. Congregados los ancianos de Israel con los príncipes de las tribus y los caudillos de las familias de los hijos de Israel con el rey Salomon, se hizo la traslacion del Arca por mano de los sacerdotes, colocándola en el oráculo del templo. Conocia Salomon que nada pueden ofrecer los hombres, que sea proporcionado al que por su inmensidad todo lo ocupa, y como Criador es dueño del cielo y de la tierra: hizo humilde oracion postrado en tierra, suplicando al Señor se dignase aceptar aquel templo, y rogándole favoreciese y colmase de bendiciones á todo el que le dirigiese sus oraciones desde aquel lugar. El Señor aceptó esta humilde súplica de su siervo, y apareciéndosele segunda vez, como se le habia aparecido en Gabaon, le dijo: «He oido las plegarias que me has dirigido: he santificado esta casa á fin de establecer en ella mi nombre para siempre y toda vez que obres con sencillez y rectitud, estableceré el trono de tu reino en Israel para siempre. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.*

No he podido menos, Excmo. é ilustrísimos señores, de traer á la memoria este pasaje consignado en el sagrado libro de los Reyes al proponerme hablar en esta mañana del Patronato en España del Apóstol Santiago.

Jesucristo habia muerto en una cruz; habia resucitado; habia subido á los cielos; la Iglesia estaba ya fundada; los apóstoles debian estender por el mundo y á costa de su sangre la doctrina evangélica, puesto que el Salvador les habia dicho: «Id por todas partes, predicad el Evangelio á toda criatura (1).» El paganismo iba á recibir golpes de muerte, las sociedades debian ser regeneradas, y el nombre de Jesucristo crucificado es conocido en Macedonia por la predicacion de Mateo. Bartolomé en Lycaonia, y en Babilonia Tadeo, triunfan del error; y mientras Andrés trabaja incansable en Acaya, y Santiago el menor predica en Mesopotamia, se descubren los triunfos de Tomás en la India, y los de Felipe en la Frigia, asi como las rápidas conquistas de Simon en Egipto y de Matías en Judea. Solo Pedro, Juan y nuestro Apóstol, no sujetos á la suerte, el primero se establece en Roma, aquel queda en el Asia, y Jacobo, el astro luminoso de la Iberia, terror de las huestes agarenas, se dirige hasta llegar á las columnas de Hércules, y su voz déjase escuchar en nuestro feliz y venturoso reino.

¡España, España, amada patria mia! levanta orgullosa tu cabeza á través de tantos infortunios, y no obstante que abrigas tantos genios desnaturalizados que tratan de corromper á tus hijos desviándoles de la observancia de la religion verdadera del Crucificado, gloriáte, deja conocer al mundo tu regocijo, por tener por especial patrono á aquel hijo del trueno que signió á Jesucristo cual testigo fiel de sus prodigios, de sus glorias y mortales agonías; á aquel para quien una madre llena de amor pidiera una de las

(1) Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ. Marc. cap. XVI, v. 15.

sillas mas próximas á su trono en el reino celestial y que fué el primero entre los apóstoles que vertiera su sangre en defensa del Evangelio, siendo la primera víctima por él inmolada. Santiago, nuestro santo Patrono, adquiere el trono de su reino en la nuestra España cual en otro tiempo Salomon en Israel. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.*

Ante uno de los mas ilustrados prelados de la Iglesia Hispana, y á presencia de los sábios que se dignan escucharme, debe hablar hoy el mas ignorante de cuantos ocupan la cátedra de la verdad. Escaso caudal de erudicion poseo, para satisfacer la espectacion de tan ilustrado auditorio: no he subido por lo tanto á este sagrado lugar confiado en mis débiles fuerzas, sino en los auxilios de la Divina gracia que espero conseguir, toda vez que interpongamos la mediacion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.

Estableceré el trono de tu reino en Israel para siempre.

Lib. III. Reg. c. et. v. cit.

EXCMO. É ILMOS. SEÑORES:

Siempre he estado en la persuasion de que la nacion española ha sido en todos tiempos la mas amada, y por lo tanto la mas favorecida de Dios entre todas las naciones. Si fundase esta idea tan solo en la gloria que nos resulta por haber venido á nuestro suelo el esforzado hijo del Zebedeo, tal vez algun rigoroso crítico me tachase de exajerado, toda vez que otras muchas naciones recibieron casi al mismo tiempo que

nosotros la luz del Evangelio, por ministerio de otros apóstoles. Si yo encuentro ó descubro motivos superiores para regocijarnos sobre las demas naciones, no es tan solamente porque Santiago fué el que nos abrió los ojos á la luz del Evangelio, sino porque la fé que trajo á España, afianzóla en el célebre Pilar de Zaragoza donde la Santísima Virgen presentóse á nuestro apóstol cuando aun vivia en carne mortal; y yo creo, señores, que allí donde María ofreció rogar por los españoles y protegerlos, en todo tiempo, fué donde en nombre de su Divino Hijo ofreció tambien á Santiago establecer el trono de su reino en España para siempre. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.* Por consiguiente, yo deduzco que «el Patronato de Santiago es el mayor timbre, la mayor gloria de nuestra nacion, despues de la que le resulta del principal Patronato de la Santísima Virgen en el ministerio de su Concepcion inmaculada.» Mientras presento las pruebas de esta verdad, suplico me favorezcáis con vuestra atencion.

REFLEXION ÚNICA.

Aquel Dios grande, excelentísimo é ilustrísimos señores, que desde el principio de los tiempos quiso escojer, para nacer segun la carne, una ilustre descendencia de patriarcas, profetas, jueces, reyes y capitanes, desciende del justo Seth despreciando la rama del fratricida Cain; elige la del inocente Isaac dejando la del vicioso Ismael; la del justo Jacob, menospreciando la del réprobo Esaú; y en vez de la del incestuoso Ruben, la de Judas su hermano. El mundo vió á un Noé electo para salvar en el Arca á los

que habian de poblar el orbe, despues del terrible castigo que hiciera perecer á toda carne. Abraham, padre de los creyentes y Moisés caudillo de su pueblo, resplandecen por eleccion particular y todos estos no hacian mas que anunciar al mundo el nuevo reino que debia establecerse sobre la tierra en la plenitud de los tiempos.

Establecióse en efecto este deseado reino, por el Verbo encarnado, y escogidos fueron tambien doce hombres para la grande obra de la conquista del mundo, entre los cuales cuéntase Santiago, uno de los ilustres miembros del sagrado apostolado.

La voz del Omnipotente que todo lo formara de la nada, que se hace escuchar de uno á otro polo, que conmueve el firmamento y derriba los altos y robustos cedros del Líbano, déjase oír en los campos do habitaran los dispersos de Israel. Andrés y Pedro habian seguido á Jesucristo y el hijo de Salomé y Aristobolo el Zebedeo, egercitado en la pesca, es llamado en las playas para ser colocado como invicto príncipe de su augusta y celestial morada. ¡Oh eleccion divina! ¡Oh voz omnipotente! Al primer sonido de su eco celestial, Jacobo se hace amigo, discípulo é inseparable compañero de sus glorias y fatigas, sin examinar lo que se le ofrece en la escuela de un Dios hombre. Mira con desprecio el odio de los escribas, la envidia de los pontífices y el desprecio de los grandes. Permitidme, señores, que me detenga un momento á admirar lo heroico de la fé de nuestro apóstol. Cuando Jesucristo llamó á Santiago, era la primera vez que el noble pescador le veia y escuchaba su palabra. ¿Y qué vió en Jesucristo, para determinarse á abandonar cuanto poseia, patria, redes y hasta

romper los vínculos de la sangre por entregarle su corazón por completo y seguirle? ¿Acaso se apoderó de él la ambición y deseó ocupar un puesto elevado en la sociedad? Nada menos. Ni Jesucristo ostentaba en su vestido ni en sus palabras su absoluto poder, ni le ofreció nada que pudiese halagarle, ni despertarle su ambición.

Por otra parte, pobre pescador Santiago, ni su posición humilde, ni su poca ilustración podrían hacerle esperar que un día ocuparía un puesto elevado en la sociedad. Por consiguiente, solo la fé que tuvo en las palabras del Salvador desde el momento en que resonaron en sus oídos, fueron el móvil porque todo lo abandonó para seguirle y asociarse á su ministerio. Empero ¿acaso el impío se burla de esta elección soberana? Búrlase en buen hora al ver elegir hombres sin ciencia ni literatura para llevar á cabo la más asombrosa de todas las revoluciones, pero observen los triunfos conseguidos en todas partes por estos instrumentos de Jesucristo. A Santiago, como á los demás apóstoles, le elige un Dios por quien los reyes reinan, y sábias leyes decretan los monarcas: le elige el Soberano del cielo y de la tierra, que derriba los soberbios tronos y destruye el consejo de los grandes, haciendo que ocupe el majestuoso trono de Israel el humilde pastorcillo David, y le elige para que sea el terror de los enemigos de su nuevo reino, y que á su vista los soberbios Césares, los grandes Augustos doblen su rodilla. A Santiago, cuando su madre pide para él un asiento preferente, se le pregunta si puede beber del cáliz que estaba preparado al Redentor, cáliz de amargura, de humillaciones, de dolores. El intrépido contesta que puede, y ved, señores, la

confianza que engrandece, la elección que sublima, y al mismo tiempo que se marchitan las flores mundanas, y el incrédulo se debilita con su mortal veneno, el justo crece como planta hermosa, en las corrientes de las cristalinas aguas.

Qué hermosa se presenta la grandeza de Abraham, transmitida hasta los más remotos siglos, no derramando el Señor el cáliz de su ira sobre ciudades pecadoras sin antes manifestárselo; empero la grandeza de Jacobo, la distinción que merece en el sagrado colegio, las auténticas señales del divino amor, le constituyen en una grandeza digna de admiración. Al manifestarse la virtud omnipotente del Celestial mancebo, asiste Jacobo, siendo testigo, no solamente de la primera resurrección que obra, sino también de los sacramentos que declara.

Moisés es grande, destinado entre todos los mortales para que se le presentase en el Sinaí la soberanía del Eterno; pero ¡oh qué grandeza la de Jacobo! Cuando Jesucristo quiere trasfigurarse en el Tabor, todos quedan al pié de la montaña santa, y Jacobo con otros dos sube á su cumbre, oye la voz del Padre, vé su Divinidad y presencia los homenajes que Elías y Enoch le tributan. Aplauda en buen hora el libro IV de los Reyes la grandeza del espíritu de Elías, pues puso Dios en sus manos su defensa contra los sacerdotes idólatras; mas á Jacobo se le encarga manifestar al orbe entero la inefable unión que obró, uniendo en su persona las dos naturalezas, estableciéndolo en el símbolo y rubricando esta verdad con su sangre.

Dios sabe, señores, hasta de las piedras formar hijos de Abraham, y así como en otro tiempo esco-